

El pesimismo como método

Comentario sobre Machado de Assis

João Almino

Como escritor, considero a Machado de Assis como el más actual de los escritores brasileños del siglo diecinueve, aquél que, más que cualquier otro, podemos leer ahora sin tener que excusarlo por haber nacido en otro siglo y carecer de las percepciones que nos son comunes en nuestros días. Machado de Assis sigue siendo el maestro de mi generación literaria en Brasil, me ha influido a mí y a otros escritores, como lo hizo con generaciones precedentes.

El libro clásico *Formación de la Literatura Brasileña* de Antonio Candido, el más importante crítico brasileño contemporáneo, termina con una referencia a Machado de Assis. Sin embargo, la obra literaria de Machado ya no es objeto de estudio en la *Formación*, puesto que ella señala el punto de partida de la literatura madura del Brasil.

Machado supo partir del horizonte literario del país para construir su trabajo con independencia y espíritu crítico. Su doble crítica a los románticos y a la nueva generación son indicios de esa madurez, si es cierto, como dijo el mismo Candido en otro texto, que la madurez de una literatura se mide por su capacidad de ser autorreferencial –Candido cree que eso ocurre de forma plena solamente con el *modernismo*, es decir, con la vanguardia de los años veinte.

Dice Machado en su texto *La Nueva Generación*, publicado en 1879: «La nueva generación se burla a veces del romanticismo. No se puede exigir de la extrema juventud la exacta ponderación de las cosas; no hay que imponer la reflexión al entusiasmo. De otra suerte, esa generación habría advertido que la extinción de un gran movimiento literario no trae consigo la condena formal y absoluta de todo lo que afirmó; alguna cosa entra y se queda en el peculio del espíritu humano. Más que nadie, ella estaba obligada a no ver en el romanticismo un simple interreino, una brillante pesadilla, un efecto sin causa, sin nada más que, si no dio todo lo que prometía, deja cuanto basta para legitimarlo. Muere porque es mortal. En este punto cita a Renan: «Las teorías pasan, pero las verdades necesarias deben subsistir».

Sin embargo, Machado está de acuerdo con la crítica de los nuevos poetas al lirismo romántico. Dice: «Ellos abrieron los ojos al sonido de un liris-

mo personal, que, salvo las excepciones, era la más enervadora música posible, la más trivial y sin gracia. La poesía subjetiva llegó efectivamente a los últimos límites de la convención, bajó al juego pueril, a una serie de cosas sentimentales y vulgares».

Pero Machado también toma distancia en relación a los naturalistas que, al rehacer «la historia de las cosas», dirigen «al mundo externo todas las atenciones» de esa juventud literaria. Afirma: «Iba a olvidarme de una bandera hastiante para algunos, el Realismo, la más frágil de todas, porque es la negación misma del principio del arte... Un poeta, V. Hugo, dirá que hay un límite infranqueable entre la realidad, según el arte, y la realidad, según la naturaleza. Un crítico, Taine, escribirá que si la exacta copia de las cosas fuera el fin del arte, la mejor novela o el mejor drama serían la reproducción taquigráfica de un proceso judicial. Creo que aquel no es clásico, ni este romántico. Tal es el principio sano, superior a las contiendas y teorías particulares de todos los tiempos».

Sus libros no comparten directamente ninguna de las grandes corrientes ideológicas de su tiempo, lo que llevaba a Silvio Romero, la voz disonante de una crítica laudatoria de Machado, a afirmar, en su libro *Machado de Assis: Estudo Comparativo de Literatura Brasileira*, publicado en 1897, que su trabajo era inconsecuente.

No fue un adepto del positivismo, del evolucionismo u otros tipos de determinismo. No fue socialista, republicano ni abolicionista. No fue romántico ni naturalista, aunque todas estas corrientes filosóficas, políticas o estéticas estén tratadas, a distancia, en su obra.

En el citado artículo sobre la nueva generación, habla con ironía del «optimismo, no solamente tranquilo, sino triunfante» de las nuevas ideas, sobre todo las ideas evolucionistas. «Nuestra juventud manifiesta seguramente el deseo», dice, «de ver alguna cosa por tierra, una institución, un credo, algún uso, algún abuso; pero el orden general del universo les parece la perfección misma». Y agrega: «La justicia, cuyo advenimiento nos es anunciado en versos subidos de entusiasmo, la justicia casi no llega a ser un complemento, sino un suplemento; y así como la teoría de la selección natural da la victoria a los más aptos, así otra ley, a la que se podrá llamar selección social, entregará la palma a los más puros. Es el reverso de la tradición bíblica; es el paraíso en el fin». Su distancia en relación a «La Nueva Generación» de progresistas evolucionistas, que sufren la influencia del desarrollo de las modernas teorías científicas, fue una de las causas de la irritación que provocó en el crítico Silvio Romero, quien consideraba que Tobias Barreto y los demás miembros de la llamada escuela de Recife, que representaban, desde el punto de vista filo-

sófico, a esta nueva generación, producían lo más consecuente del pensamiento en Brasil.

Machado trabajaba, así, dentro de las fronteras de la discusión estética y literaria brasileña, situándose en relación al pasado y a la nueva generación literaria. Al ser un marco de la madurez literaria de Brasil, es para la literatura brasileña más que un escritor del siglo XIX y más que un escritor entre otros que contribuye a la evolución literaria. Su obra es una referencia fundamental para la literatura brasileña de la actualidad.

Machado de Assis tiene un papel central en una tradición brasileña de literatura urbana, generalmente realista y poco orientada a lo pintoresco. Creo que en esa tradición ya se podría incluir a Manuel Antonio de Almeida con sus *Memorias de um Sargento de Milicias*, publicado en 1853, un cierto Alencar, el de, por ejemplo, *Senhora, Lucíola* e incluso el de *A Pata da Gazela*, Raul Pompéia con su *O Ateneu* a finales del siglo y, ya en pleno siglo XX, Lima Barreto, el autor de *O Triste Fim de Policarpo Quaresma* y otros tantos hasta llegar a la literatura urbana brasileña de los años setenta y al realismo más imaginativo y menos testimonial de los días de hoy. Dice Candido, en su ensayo *Literatura e Subdesenvolvimento*, publicado en 1973: «El caso del Brasil es quizás peculiar, pues aquí el regionalismo, que principia con el romanticismo, antes que en otros países, jamás ha producido obras reputadas de primera plana, aun por sus contemporáneos. Ha sido siempre una tendencia secundaria, si no francamente subliteraria, en prosa y en verso. Los mejores productos de la ficción brasileña fueron urbanos, las más de las veces desprovistos de cualquier rasgo pintoresco. Su mayor representante, Machado de Assis, mostraba desde 1880 la fragilidad del descriptivismo y del color local, que ha eliminado de sus libros extraordinariamente elaborados».

Los muchos Machados

Pasa con los grandes escritores: sus obras permanecen vivas al dialogar con nuevas generaciones de lectores y al abrir, así, nuevas perspectivas de interpretación.

Antonio Candido hace una tipificación de los múltiples Machados estudiados por la crítica a lo largo de varias décadas. El primer Machado, a principios de este siglo, estudiado por Oliveira Lima, es filosófico y clásico. El segundo, en los 30, el de Lúcia Miguel-Pereira y de Augusto Meyer, es psicológico. Después, en los 40, es existencialista y sociológico, de

acuerdo a los textos de Barreto Filho y de Astrojildo Pereira respectivamente. Podríamos agregar que igualmente se suceden críticas de naturaleza culturalista, marxista-estructuralista e historicista.

Obviamente la obra de Machado no se reduce a ninguna de estas interpretaciones, que son, con todo, generalmente correctas ya que corresponden al saber y a las obsesiones de cada época. Más que en el caso de otras, la obra de Machado es irreductible, porque es en gran medida una obra abierta, que revela nuevas realidades, pero las presenta fuera de los credos ideológicos de su tiempo y en sus formas múltiples, con ambigüedad, sin trama rígida, sin linealidad y a partir de perspectivas subjetivas.

La distancia crítica

Algunas de las características de esa obra son fundamentales para la comprensión del conjunto de la literatura brasileña, entre otras la descripción no pintoresca del Brasil, el realismo imaginativo y el pesimismo atemperado con el humor.

De esos trazos quisiera hablar a partir de uno que les da unidad y que de alguna forma los explica: Machado tenía verdadera independencia de espíritu. En resumen, su punto de vista no se da desde un lugar fijo y conocido. No concentra sus novelas sobre temas específicos. No escribe tampoco a partir de una brasilidad *a priori*. Y sin embargo, en él encontramos al Brasil del siglo XIX y del siglo XX.

¿Cómo puede ocurrir eso? Machado tiene una mirada sorprendente y desconcertante, que es considerada por algunos como una mirada hacia atrás, debida a la influencia estética de la Inglaterra del siglo dieciocho, vía Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy* (1760). ¿O sería, al contrario, una mirada desde adelante, desde el futuro, ya que su obra está estéticamente cercana a mucho de lo que se hizo en el siglo veinte? No. Sería más exacto decir que su mirada se da de lado, es una mirada oblicua.

Oblicua y también distanciada, como si él fuera un observador objetivo, no solamente de las ideas y costumbres de su tiempo, sino también de la subjetividad de los narradores de sus mismos libros.

La distancia que guardaba Machado de todos los absolutos derivaba probablemente de su escepticismo. No idealizaba a Brasil ni a Europa. No creía ciegamente en el progreso, lo que lo vuelve más cercano al siglo XX que al siglo XIX. Hasta la misma racionalidad, que es el terreno en el que trabajó fríamente, fue contemplada por él con mirada distante. Esta misma mirada la aplicó a la ciencia.